

se separasen de los otros pueblos de Chersoneso; que el rey de Caria ocupase las Islas de Chio, Cos y Rodas; que los Bizantinos se llevén por el mar nuestros navios. ¿Y por que hemos hecho todo esto? Sin duda por que pensamos que nos es mas útil gozar de la paz y del reposo, que suscitarnos enemigos y mover querellas por objetos semejantes. ¿No seria pues el colmo de la locura, que por un título vano y quimérico (*) se os viese desafiar al mismo tiempo todas estas potencias, á vosotros, que temiendo ofenderlas á cada una en particular, sacrificais por lo comun intereses mas caros y esenciales.

quienes fundaron Colonias en ella para asegurarse mejor en su posesion. Sin embargo de que Caria se hallaba comprendida en el tratado, no quiso someterse á los Atenieses y tomó el partido de ponerse en manos de Philipo. Mas como estos temian demasiado al rey de Macedonia, se resignaron á sufrir el que esta ciudad estuviere exceptuada de la ley comun de Chersoneso.—Que el rey de Caria..... Chio, Cos y Rodas, sujetas á los Atenieses, se rebelaron contra ellos y les hicieron durante tres años la guerra llamada de los aliados. Por mas que Atenas se empeñó en reducir las, nada pudo lograr y se vió en la necesidad de pasar por que estos pueblos aliados continuasen en su independencia y libertad. Sin embargo no hicieron mas que cambiar de Señor; por que Mausolo rey de Caria, despues de haberles ayudado á sacudir el yugo de Atenas, no dilató mucho en imponerles el suyo. Reynaba pues Hidrico hermano de Mausolo y sucesor de todos sus derechos, cuando Demóstenes pronunció su discurso sobre la paz.—Que los Bizantinos se roben nuestros navios.—Habíanse ligado los Bizantinos contra los insulares de Chio, de Cos y de Rodas en la guerra de los aliados; eran grandes Piratas; habian hecho y aun estaban haciendo padecer mucho á los Atenieses por su inclinacion á la Pirateria.

(*) Por un título vano y quimérico. En el griego se lee: por una sombra en Delphos. Por

RESERVACIONES CRITICAS

SOBRE

LA COMPOSICION PRECEDENTE.

Es muy grato para los amigos de la buena literatura ofrecer por la vez primera á la espectacion pública una de aquellas composiciones insignes que mas dieron á conocer el eminente patriotismo, la consumada política y los talentos superiores del primer orador del mundo.

Asustado este grande hombre de los males que inundarian á la república, si esta interrumpia la paz de que entonces disfrutaba, reúne los medios para persuadir á los Atenieses la justicia de sus temores, y sube á la tribuna del pueblo, como lo tenia de costumbre, á fin de conseguir por el influjo de la elocuencia convertir á su verdadero objeto las miradas de los ciudadanos y fijar el corazon inconstante y ligero de sus compatriotas, ofreciéndoles las inestimables ventajas de la paz.

Se introduce reprochándoles este defecto, prometiéndoles un buen resultado, si secundan sus votos y anunciándoles que contra su ordinaria costumbre va á recordarles aquellos infortunios que habian recibido por no haberse aprovechado de sus dictámenes cuya importancia habia justificado la mas dolorosa experiencia. Señala despues tres acontecimientos infaustos en que se mira resplandecer el

una sombra: tal es el nombre que da por desprecio Demóstenes al título de Amphycyon; lo miraba pues como si no fuese mas que un título vano y quimérico.

patriotismo, la prevision y sabiduria del Orador, y la ligereza, inconstancia y ceguera del pueblo que lo escuchaba; y tratando de investigar la causa de esto, descubre que todo consiste en aquella firmeza de carácter que ni vacila con los amagos del poder, ni sucumbe á los halagos de la seducción, ni cede con la brillante perspectiva del oro.

¿Que mas necesitaba Demóstenes para que sus medidas fuesen adoptadas con la veneracion debida á los oráculos, y la gratitud de un pueblo entusiasta y reconocido?

Con una preparacion tan ventajosa les anuncia con firmeza su opinion de que la paz se conserve, no como un beneficio positivo sino como el menor de los males, en un tiempo en que ya no se cuenta con ninguno de los innumerables anteriores recursos que los Atenenses habian dejado escapar de las manos.

Para persuadirles mejor, que seria sobremanera arriesgado poner á los pueblos de la asamblea de los Amphyctiones en el caso de hacerles la guerra, no cree necesario ocultar algunas reflexiones que podian ser contrarias á la necesidad de esta medida; y asi es que las presenta, diciendo que ni los Thebanos tomarian parte con Philipo contra los Atenenses en caso de reclamarles estos con las armas la ciudad de Amphipolis, ni tampoco tendrian motivos para temer á los Griegos, en caso de entrar en guerra con los Thebanos; por que el espíritu de las confederaciones arrastra siempre las pretenciones de los aliados á favor de la causa justa, y nunca hácia el preponderante engrandecimiento de un Estado.

Pero si por motivos peculiares é independientes, podia sostenerse la guerra sin peligro de una influencia exterior, nunca pudiera afirmarse otro tanto cuando la causa de declararla, afectase á los intereses de muchos pueblos, por que entonces se ligarian fuertemente y aun contra su gusto, para oprimir á los Atenenses. Este concepto lleno de po-

litica y de sabiduria, sostenido con los mejores ejemplos para persuadirlo, cierra y con mucho triunfo la parte confirmativa de esta composicion oratoria la cual concluye con una buena prolepsis, cuya resolucion ataca las miras de ciertos espíritus imprudentes y cavilosos que sobretexto de evitar una afrenta, parecian sostener que Atenas se hallaba en el caso de aventurarse á todos los azares y peligros de la guerra. Con un argumento urgentísimo por ser muy personal y demasiado solemne, los combate sin réplica; pues quienes habian hecho en obsequio de la paz sacrificios demasiado costosos, como era el de Oropo que habian tomado los Thebanos; Chio, Cos y Rhodas, ocupadas por el rey de Caria y otros de igual naturaleza; no podian sin un exceso de barbarie y locura, provocar por el vano título de Amphyctiones la terrible cólera de los pueblos confederados.

Si en el género deliberativo la perfeccion del arte consiste en buscar buenas y sólidas razones, coordinarlas, darles toda la fuerza de que son susceptibles, desenvolverlas sin una oscura prolijidad, consultar de continuo á la experiencia que es la mejor maestra del espíritu humano, seguir fielmente el orden de los sucesos para calcular su influencia respectiva en las operaciones de gobierno y en la suerte de los Estados, conocer la política en su esencia y en su fondo, tener bien deslindados los derechos de la guerra y de la paz, mejor conocidos los resortes tal vez secretos de las naciones extrangeras; y manifestar todas estas luces, este buen sentido crítico, estas miras profundas, que abarcan el cuadro general y político de los pueblos, en una discusion clara, metódica y urgente, y con aquella elegante sencillez que sin movimientos apasionados, ni trasportes sublimes, arrastra y subyuga el entendimiento, triunfando irresistiblemente de los conatos de la voluntad, ¿quien podra desconocer en este discurso aunque pequeño aquella alma republicana que nunca habia transigido y aquella im-

petuosidad de carácter que dominaba todos los acontecimientos?

Al recordar aquella superioridad de planes, aquel orden de ideas siempre progresivo y siempre victorioso; al sentir los efectos de una dialéctica tan segura y oratoria, de esta vehemencia de raciocinio que no ha perdido su poder ni con la muerte del idioma que lo expresaba, este noble desaliño que multiplicó tantas veces los aplausos de todo un pueblo; esta experiencia lógica manantial de pruebas incontrastables, á la cual cedían todos los sofismas y todos los intereses; esta sencillez atractiva que hacia perder su prestigio á los cuadros brillantes de la imaginación y á todos los adornos del arte; esta osada sublimidad que hizo estremecer tantas veces á los enemigos del Estado y supo encadenar el orgullo de un atrevido y ambicioso Monarca: ¿nos es ya permitido rehusar á Demóstenes el tributo de una admiración ilustrada?

¿Quién no reconoce aquí al genio impasible de la Grecia que no habia llegado á franquearse nunca sino á los proyectos grandiosos y á las ideas elevadas? ¿Quién no se siente oprimido por la fuerza prodigiosa del Hercules Orador? ¿Con que noble altivez reprende la frivolidad y ligereza de sus compatriotas! ¿Con que satisfactoria seguridad anuncia que el cumplimiento de sus dictámenes está ligado á la felicidad de Atenas! ¿Cuan digno se presenta al proclamarse hijo de la fortuna, incorruptible, incapaz de doblegarse á la seducción! ¿Con que compararemos el pudor soberano de que se reviste, al mencionar la evidencia y sanidad de sus juicios, este hombre que teniendo la vista fija continuamente en la república, jamas la habia apartado de este objeto en todos sus discursos para considerarse á sí mismo.

Si no se encuentran aquí ni aquellos movimientos terribles, encaminados á inflamar el corazón de la multitud, ni el colorido con que suele

revestir sus ideas el que se propone principalmente agrandar, ni los prestigios de imaginación que tanto embellecen las obras de los poetas; recordemos que cuando se delibera sobre las fuertes y eficaces medidas en puntos de gobierno, cuando se consultan las prudentes reglas de la conveniencia social; antes ha menester el orador calmar las turbulencias de los espíritus, que desencadenar las borrascosas pasiones cuyo resultado inmediato es arrastrar á su ruina la prosperidad de los pueblos. Nunca mas perjudiciales los encantos de la imaginación, que en aquellas situaciones difíciles en que el error traspasando los límites de lo meramente especulativo, trasciende á la suerte de la sociedad: nunca mas perniciosos los afectos inflamados del alma, que cuando esta, subyugada por intereses momentáneos, tiene una nube delante de sus ojos que le oculta profundamente los caminos del bien. Motivo y muy grande tendríamos para censurar al Orador, si le viésemos emplear estos medios en un discurso que por su objeto, su importancia y naturaleza, pertenece al número de aquellos en que el entendimiento demasiado zeloso, se resiste á escuchar cualquiera razonamiento que no venga expresado en su propio lenguaje. „Para el corto „número de aquellos, dice Buffon, cuya cabeza es „firme, cuyo gusto delicado, cuyo sentido exquisi- „to, y que cuentan por nada el tono, los gestos „y el vano sonido de las palabras; se necesitan „cosas, pensamientos, razones: por que no basta „herir el oido y ocupar los ojos, es indispensable con- „mover el corazón hablando al espíritu. He aquí „caracterizado en dos palabras el estilo de De- „móstenes y el excelente mérito de su arenga so- „bre la paz.” (*)

(*) Discours sur le style